

Castiglione de memoria

Tengo para mí que Jorge Lozano tuvo que ocuparse alguna vez, siquiera en una conversación de sobremesa, del género de la necrológica, al que habrá dedicado observaciones sagaces y divertidas, pues ¿queda acaso asunto alguno en el que la inteligencia de este hombre no hiciese presa? Y, bien, héteme aquí escribiendo una necrológica de Jorge, uno de los grandes intelectuales españoles de las últimas décadas. Practicando este género que, como todo el mundo sabe, es el predilecto de cualquiera que se dedica al oficio de escribir. Sobre todo cuando la necrológica que le encargan es la de un amigo. Encima esta vez no puedo leerle mi texto a Jorge para que me haga observaciones precisas y, en este trance, me evite caer en lo que más temo: la cursilería.

Conocí a Jorge asunto de *Revista de Occidente*. Yo había hecho algunas contribuciones a esta publicación, juraría que él ya era secretario de redacción de la misma, y enviaba mis textos al responsable de edición, el inolvidable Alfredo Taberna —ruego a quien pueda que le envíe esta necrológica. Con Jorge al timón, *Revista de Occidente* había dado un timonazo y publicaba números sobre la moda, el secreto, el lujo, el documento, lo auténtico, el camuflaje, las presencias del presente... —obvio relacionarlos cronológicamente porque escribo a toda mecha—, que, por su audacia y su calidad, me dejaban patidifuso. Desde que reparé en el giro que había impreso a la revista, en la que cada vez aparecían menos Laín Entralgo y gente así, mensualmente pasaba por un estanco que vendía *Revista de Occidente* y la compraba. Un día entré en el mismo y en vez de la señora que me atendía siempre, estaba una amiga que la había suplido momentáneamente y le dije: “Por favor, *Revista de Occidente*”. La señora puso cara de póker y me trajo el *¡Hola!* de aquella semana, que traía en portada el coche de Lady Di y Dodi Al-Fayed estampado en un túnel de París. “¿La revista del accidente?”, me contestó. Conté la anécdota delante de Jorge varias veces y siempre le provocaba una carcajada. Ahora, cuando evoco su cara, me da risa a mí también.

Tiempo después fui a ver a Alfredo Taberna a la sede de *Revista de Occidente* y, tras un rato de charla en una churrería cercana, le dije que quería conocer a Jorge. Lo llamó. Jorge bajó. Nos saludamos. Seguramente que le dije que me gustaba mucho la revista, pero el caso es que no me acuerdo de lo que hablamos, porque lo que mi mente ha retenido es su refinadísima cortesía. Parecía saberse de memoria a Castiglione. Me pregunto ahora si sabría tañer un instrumento musical.

Jorge Lozano, semiólogo de la cultura, y el también desaparecido antropólogo Fernando Estévez, que pena que no se conociesen, han sido las personas que más me han enseñado a relacionar cosas disjuntas, al punto de que, aún sin que me diesen clase, siento que tengo una deuda discipular con ambos. Jorge, como digo, no conoció a Fernando, pero sí a su gente: a la también antropóloga Mayte Henríquez, su viuda; al antropólogo Pablo Estévez, su sobrino, y al también antropólogo Roberto Gil-Hernández, su mejor discípulo, así como a su amiga y compañera en la Universidad de La Laguna Marina Barreto, igualmente antropóloga. El Grupo de Estudios Decoloniales de este centro, que preside Marina, le invitó a dar una charla en el marco de unas jornadas, y después de la misma —yo también participaba en el encuentro—, tuvimos un *comistraje* en el que Jorge y Marina conversaron con un conocimiento de detalles inaudito sobre Nievitás, la joven de La Palma de la que se enamoró el antropólogo Bronislaw Malinowski durante una estancia en aquella isla. He de advertir que, como Jorge, Marina también es palmera. Y ya se sabe que los palmeros tienen fama de raritos.

En fin, en los últimos años Jorge frecuentó los foros del Archipiélago y nos vimos en casi todos. Estuvo también en TEA, invitado por Gilberto González al Fotonoviembre que dirigió, y en el MIAC de Lanzarote, invitado por María José Alcántara, anfitriona, y yo mismo a mi seminario *Huellas de Homo Symbolicus*, en el que mantuvo un diálogo chispeante con el físico y gran escritor Agustín Fernández Mallo. Al día siguiente, mi amigo Nilo Palenzuela daba una charla en la Sala Saramago de la Fundación César Manrique y quise ir a oírlo. Pero almorcé con Jorge y este se empeñó en que nos metiéramos un último taponazo de vodka. Cuando llegué a la sala el público ya estaba aplaudiendo a Nilo, que creo que ya no me ha vuelto a dedicar ningún libro.

Como, amén de la cursilería, la otra trampa que quiero evitar a toda costa en este recuerdo público al amigo muerto es la del ridículo, no voy a hablar del padre de la semiótica de la cultura, Yuri Lotman, en el que Jorge me introdujo, ni de sus libros predilectos de Roland Barthes o de sus comentarios entusiastas sobre Omar Calabrese y Paolo Fabbri (a quién, perdónenme la impudicia, le mandó un reportaje mío sobre el Mirador de Bandama, el único búnker del mundo camuflado en estilo neocanario), y ni tan siquiera de los libros de Jorge, aunque el año pasado reseñé en *Revista de Occidente Documentos del presente* (maldita rima), que coeditó con Miguel Martín. Si quiero recordar ahora a su amigo José Luis Rivero Ceballos “Bibi” —¡A ver si me coges el teléfono Bibi!— y el estupendo curso, *Figuras del destinatario: el extraño caso del turista*, que dirigió con Jorge en la Universidad de Verano de Adeje; a Alejandro Vitaubet y a Nuria González Gili, que le encargaron a Jorge la dirección en La Regenta del ciclo *Sociedades Actuales*, y a su primo Tomás van de Walle, director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, que colaboró para que viniese a una Feria del Libro de Las Palmas a presentar la reedición de *El discurso histórico*. Recuerdo también a Katrin Steffen, que le pidió un texto para el catálogo de su exposición *Universo Manrique*, del CAAM, una encomienda que fructificó en uno de los ensayos más prodigiosos que he leído nunca sobre el artista lanzaroteño. Y pudo haber habido uno más: Fernando Gómez Aguilera, director de la Fundación César Manrique, le solicitó otro para el de su exposición *César Manrique. Es un placer*, paralizado por la crisis. Aquí toca ahora que diga alguna cursilada sobre el tiempo, la fatalidad y todo eso pero no lo haré.

Me quedo con ganas de contar sabrosísimas anécdotas que me relató Jorge sobre Juan Benet, José Bergamín, Giorgio Agamben o Jean Baudrillard, a quien bautizó como “el Andy Warhol de la sociología”, pero me he pasado de espacio. Permítanme pues que, en vez de con una frase grandilocuente, concluya con un emplazamiento a Javier Durán, redactor jefe de Cultura de este periódico y responsable de su suplemento de Cultura: querido Javier, como lo hemos dicho tantas veces, las columnas de Jorge en el suplemento son carne de libro. Anímate y edítalo.

Mariano de Santa Ana